



Presentación

El 26 de septiembre, en la Asamblea de Pastoral de la Provincia, el Equipo Provincial de Pastoral Vocacional escuchó a siete grupos de laicos de nuestros colegios, parroquias y obras sociales. Les preguntamos qué ven, qué les cuesta y qué nos piden en la pastoral vocacional. Hablaron con libertad y con cariño. Nos comprometimos a devolver a las comunidades lo que escuchamos.

Estos cinco textos son esa devolución, pero no en forma de informe. Queremos que lo escuchado pase por la oración antes de convertirse en planes. Lo que dijeron los laicos es, en cierto modo, un espejo: habla de sus búsquedas, y también de cómo nos ven a nosotros, de lo que mostramos y de lo que callamos. Agustín llegó a dar su paso porque otros le contaron, con sus vidas, que era posible. Quizá hoy el Señor nos habla a través de quienes comparten nuestra misión.

Los cuatro primeros días recorren las cuatro cuestiones que trabajó la Asamblea: la realidad vocacional, la responsabilidad compartida, la transversalidad y el acompañamiento. El quinto día recoge todo en la vida de la comunidad y nos invita a un compromiso sencillo.

CADA MAÑANA

- 1. Preces.** Se añaden a las preces de Laudes las dos intenciones del día, con la respuesta propia.
- 2. Lectura.** Después de Laudes o Vísperas, un hermano lee el texto despacio (8-10 minutos).
- 3. Silencio.** Unos quince minutos de oración personal con las preguntas finales.
- 4. Compartir.** Quien lo desee comparte una frase o una luz recibida, sin debate.

ITINERARIO DE LA SEMANA

Día 1	«La palabra del Señor era rara»	<i>1 Samuel 3, 1-10</i>
Día 2	«Con vosotros soy cristiano»	<i>1 Corintios 12,4-7.12.21</i>
Día 3	La levadura en la masa	<i>Mateo 13,33</i>
Día 4	«Venid y veréis»	<i>Juan 1,35-39</i>
Día 5	Una sola alma y un solo corazón	<i>Hechos 4,32-33 · Salmo 133 (132)</i>



DÍA 1

«La palabra del Señor era rara»

1 Samuel 3,1-10

INTENCIONES PARA LAS PRECES DE LAUDES

Señor, que en tiempos de palabra escasa no dejas de llamar, mantén encendida en nuestra comunidad la lámpara de la oración y de la fraternidad,

– *para que los jóvenes reconozcan tu llamada.*

Tú que pusiste a Elí junto a Samuel para que reconociera tu voz, haz de nosotros hermanos que ayuden a escucharte,

– *y danos valentía para hablar sin vergüenza de nuestra vocación.*

MEDITACIÓN

El libro de Samuel comienza la historia de una vocación con una frase que nos resulta cercana: en aquellos días la palabra del Señor era rara y no eran frecuentes las visiones. El templo de Siló sigue abierto, los sacrificios se ofrecen, la vida religiosa continúa. Pero algo se ha apagado. Elí, el sacerdote, es anciano y sus ojos empiezan a debilitarse. Y sin embargo el texto añade un detalle lleno de esperanza: la lámpara de Dios aún no se había apagado.

En ese tiempo de palabra escasa, Dios llama. Llama a un muchacho que duerme junto al arca. Samuel oye su nombre y corre hacia Elí: «Aquí estoy, porque me has llamado». No sabe que es Dios quien habla. El texto lo dice con honestidad: Samuel aún no conocía al Señor. La llamada se repite tres veces, y tres veces el joven se equivoca de dirección. Solo a la tercera Elí comprende. Y entonces el anciano cansado hace lo más importante que hará en toda la historia: le enseña a responder. «Si te llama, dirás: Habla, Señor, que tu siervo escucha».

En la Asamblea, los laicos nos describieron un tiempo parecido. Nos dijeron que se habla poco de vocación: en las familias, en los colegios, en las parroquias, y también en nuestras casas. Nos dijeron que pesan la vergüenza y el miedo al rechazo, que a muchos jóvenes les cuesta decir en voz alta que creen, y más aún que se preguntan si Dios los llama. Les preocupa el relevo. Ven que crecen las vocaciones de otros países y que algunos jóvenes cercanos a nosotros miran al seminario diocesano. Reconocieron que la vida comunitaria atrae, pero también da miedo. Y nos pidieron algo que conviene escuchar despacio: que no nos obsesionemos con los números.



Esta descripción no es una sentencia. Es la misma situación de Siló: la palabra escasea, pero la lámpara sigue encendida. Dios no ha dejado de llamar. Quizá lo que escasea es quien ayude a reconocer la llamada. Samuel no necesitaba más ruido, ni más actividades en el templo. Necesitaba a alguien que, conociendo al Señor, le dijera: es Él, respóndele.

Agustín conoció bien esta experiencia. En el libro VIII de las *Confesiones* cuenta que no lo movieron primero los argumentos, que ya conocía, sino personas concretas. Un día lo visitó Ponticiano, un compatriota cristiano, y le habló de Antonio, el monje de Egipto, y de dos funcionarios del emperador que, al leer su vida, lo dejaron todo para servir a Dios (VIII,6,14-15). Agustín confiesa que, mientras Ponticiano hablaba, el Señor lo volvía hacia sí mismo y lo ponía delante de su propio rostro (VIII,7,16). Más tarde, en el huerto, sintió la pregunta que le cambió la vida: si estos y estas pudieron, ¿por qué tú no? (VIII,11,27). La llamada se volvió creíble cuando tuvo rostros.

Aquí está la pregunta que este primer día nos dirige. Los jóvenes que nos rodean quizá estén, como Samuel, oyendo algo que no saben nombrar. Y quizá corren hacia nosotros sin saber bien qué buscan. ¿Somos para ellos un Elí que reconoce la voz de Dios, o hemos dejado de esperar que Dios llame? ¿Somos para ellos un Ponticiano, alguien que cuenta con naturalidad lo que Dios ha hecho en su vida?

No se trata de culpas. Elí tenía sus límites, y no pocos. Pero en el momento decisivo supo apartarse y señalar hacia Dios. Tampoco se trata de números. El Señor llamó a un solo muchacho en la noche, y de esa llamada dependió una nueva etapa para su pueblo. Lo que se nos pide es mantener encendida la lámpara: la oración, la fraternidad, la alegría de haber sido llamados. Y no tener vergüenza de hablar de ello.

PARA LA ORACIÓN EN SILENCIO

- ♦ *¿Cuándo fue la última vez que hablé con alguien de mi vocación, con sencillez y alegría?*
- ♦ *¿Vivo la escasez de vocaciones desde el miedo, desde la resignación o desde la confianza en que la lámpara no se ha apagado?*
- ♦ *¿A quién podría ayudar hoy a decir: «Habla, Señor, que tu siervo escucha»?*



DÍA 2

«Con vosotros soy cristiano»

1 Corintios 12,4-7.12.21

INTENCIONES PARA LAS PRECES DE LAUDES

Cristo, cabeza del cuerpo, que repartes tus dones para el bien común,

– *haz que frailes y laicos sintamos como propia la tarea de las vocaciones.*

Tú que nos llamaste por el bautismo antes de llamarnos a la vida religiosa,

– *ayúdanos a caminar junto a los laicos, las familias y los jóvenes como hermanos en la misma llamada.*

MEDITACIÓN

Pablo escribe a una comunidad dividida, donde unos se creían más importantes que otros. Les recuerda algo sencillo: hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; diversidad de servicios, pero un mismo Señor. A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para el bien común. Y añade una imagen que todos entienden: el ojo no puede decir a la mano «no te necesito». El cuerpo es uno, y ningún miembro basta por sí solo.

En la Asamblea, los laicos nos hablaron de este cuerpo con mucha franqueza. Reconocieron que todavía no existe una conciencia vocacional compartida. Para muchos, las vocaciones son asunto de los frailes, o del promotor vocacional, o de un equipo que vive lejos. Se hicieron una pregunta difícil: ¿cómo construir una cultura vocacional allí donde casi ha desaparecido la cultura religiosa? Y confesaron algo que nos debería conmover: muchos no colaboran porque no saben cómo. Quieren ayudar, pero nadie les ha dicho por dónde empezar.

También nombraron una tentación que es de todos, también nuestra: «que otro lo haga». Es una tentación antigua. Se disfraza de prudencia, de cansancio, de reparto de tareas. Cada uno tiene su obra, su clase, su parroquia, su administración. La pastoral vocacional queda para quien tiene ese nombramiento. Y así, lo que es de todos termina siendo de nadie.

Agustín nos ofrece una palabra que conviene meditar. En el aniversario de su ordenación episcopal dijo a su pueblo: «Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano». Y explicaba: lo primero es el nombre de un oficio recibido; lo segundo, el nombre de la gracia. Lo primero es un



peligro; lo segundo, salvación (*Sermón 340,1*). Agustín no se coloca por encima de los fieles, sino a su lado. Antes de ser obispo es bautizado, llamado como ellos.

Los laicos nos propusieron justamente esto: partir de la vocación cristiana común. Antes de hablar de vida religiosa, sacerdocio o matrimonio, hay una llamada que nos une a todos, la del bautismo. Si ellos descubren que su propia vida es vocación, entenderán mejor la nuestra. Y si nosotros vivimos nuestra consagración como respuesta a una llamada, y no como una profesión o un cargo, ellos podrán reconocer en nosotros la belleza de esa respuesta.

Propusieron además caminos concretos. Formar a laicos y catequistas para que sepan reconocer una inquietud vocacional cuando aparece. Hacer de los jóvenes protagonistas, y no solo destinatarios. Implicar a las familias, a las que llamaron cuna de vocaciones. Abrir cauces sencillos de participación, porque no todos tienen que hacer lo mismo.

Nuestra Regla nos ofrece aquí un criterio. Dice que la caridad antepone lo común a lo propio, y no lo propio a lo común (cf. Regla, cap. V). La pastoral vocacional es de lo más común que tenemos. No es un sector más de la Provincia, ni la tarea de un hermano con buena disposición. Es la pregunta por el futuro de nuestra vida y de nuestra misión, y por la fecundidad del carisma que hemos recibido. Cuando la dejamos solo en manos de otro, antepone, quizá sin darnos cuenta, lo propio a lo común.

Pablo termina su capítulo invitando a aspirar a los carismas mayores y señalando el camino más excelente, el del amor (1 Cor 12,31). Ese es también el camino de hoy. Ningún hermano está excluido de esta tarea por su edad, por su salud o por su oficio. El hermano mayor que reza, el que acoge en la portería, el que enseña, el que administra: todos son miembros del mismo cuerpo, y todos llaman con su modo de vivir.

PARA LA ORACIÓN EN SILENCIO

- ♦ *¿Pienso que las vocaciones son tarea de otros? ¿En qué se nota?*
- ♦ *¿Veo a los laicos como compañeros en la misma llamada bautismal, o solo como colaboradores de nuestras obras?*
- ♦ *¿Qué podría hacer mi comunidad para que quienes quieren ayudar sepan cómo hacerlo?*



DÍA 3

La levadura en la masa

Mateo 13,33

INTENCIONES PARA LAS PRECES DE LAUDES

Señor, que comparaste tu Reino con la levadura en la masa,

– *haz que nuestra vida consagrada sea fermento en los colegios, parroquias y obras donde servimos.*

Tú que nos hiciste para ti y mantienes inquieto el corazón humano hasta que descanse en ti,

– *ayúdanos a despertar en niños y jóvenes la pregunta por la vocación en cada etapa de su camino.*

MEDITACIÓN

Jesús compara el Reino con algo que cualquier mujer de Galilea conocía bien: un poco de levadura que se mete en tres medidas de harina, hasta que todo fermenta. La parábola es breve, pero dice mucho. La levadura no se añade al final, como un adorno. No se queda en un rincón de la masa. Se mezcla con toda ella y trabaja en silencio, desde dentro, hasta transformarla entera.

Los laicos nos dijeron en la Asamblea que, en muchas de nuestras obras, la dimensión vocacional funciona más bien como un adorno que se añade al final. Se reduce a una jornada puntual en los últimos cursos, una charla o un testimonio aislado. Por eso pidieron otra cosa: que la pregunta vocacional esté presente en todo el itinerario, desde Infantil hasta Bachillerato. Que en la catequesis haya al menos una sesión explícita sobre la vocación. Que se cuiden espacios como los monaguillos y los coros, donde muchos niños y jóvenes tienen su primer contacto cercano con el altar y con nosotros. Que la pastoral juvenil sea un espacio seguro, donde las preguntas de los jóvenes no den vergüenza. Que el voluntariado sea también lugar de discernimiento, siempre que esté unido a la espiritualidad y no se quede en activismo o en simple filantropía. Y que las fraternidades recen por las vocaciones.

Detrás de estas propuestas hay una intuición profundamente agustiniana. Al comienzo de las *Confesiones*, Agustín escribe que Dios nos hizo para sí, y que nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Él (I,1,1). La pregunta vocacional no es un tema que haya que introducir desde fuera en la vida de un joven. Ya está ahí, en su inquietud. Nuestra tarea es ayudar a que esa inquietud encuentre su nombre.



Al final de las *Confesiones*, Agustín ofrece otra imagen. Dice que cada cuerpo tiende por su peso a su lugar propio, y añade: «Mi peso es mi amor; por él soy llevado adondequiera que soy llevado» (XIII,9,10). Toda vida es movida por lo que ama. Preguntarse por la vocación es preguntarse hacia dónde nos lleva el amor, y hacia dónde queremos dejarnos llevar. Esa pregunta no cabe en una jornada. Acompaña a un niño cuando descubre que puede servir, a un adolescente cuando se pregunta quién es, a un joven cuando tiene que decidir qué hacer con su vida.

Esto nos interpela directamente. Muchos de nosotros pasamos la mayor parte del día en un aula, en un despacho, en una parroquia, en una residencia o en una obra social. Allí los jóvenes nos ven trabajar, pero ¿nos ven también como consagrados? ¿Saben que vivimos en comunidad, que rezamos juntos cada mañana, que nuestra tarea nace de una llamada? Si la dimensión vocacional ha de ser levadura en la masa de nuestras obras, la primera levadura somos nosotros mismos. Lo que no se ve en nuestra manera de estar, difícilmente lo dirá una jornada vocacional.

La levadura actúa sin hacer ruido. No necesita grandes proyectos para empezar. Basta, a veces, con que un fraile cuente a sus alumnos cómo descubrió su vocación, con que la comunidad abra la capilla para rezar con los jóvenes, con que un voluntariado termine con un momento de oración en lugar de una simple evaluación. Pequeños gestos que, sostenidos en el tiempo, terminan fermentando toda la masa.

PARA LA ORACIÓN EN SILENCIO

- ♦ *En mi servicio diario, ¿aparece alguna vez la pregunta por la vocación? ¿La provoco, la evito, la dejo para otros?*
- ♦ *¿Me ven quienes trabajan conmigo como un religioso que vive en comunidad, o solo como profesor, gestor o párroco?*
- ♦ *¿Qué pequeño gesto podría ser levadura en la obra donde sirvo?*



DÍA 4

«Venid y veréis»

Juan 1,35-39

INTENCIONES PARA LAS PRECES DE LAUDES

Jesús, que preguntaste a los discípulos «¿Qué buscáis?»,

– *danos un corazón que escuche con paciencia las búsquedas de los jóvenes.*

Tú que invitaste a venir y ver dónde vivías,

– *haz de nuestras casas lugares abiertos y auténticos, donde quien busca pueda encontrarte en la vida de los hermanos.*

MEDITACIÓN

Juan el Bautista está con dos de sus discípulos. Ve pasar a Jesús y dice: «Este es el Cordero de Dios». No dice nada más. Los dos discípulos lo oyen y se van detrás de Jesús. Juan los deja ir. Más adelante dirá de sí mismo que conviene que Jesús crezca y que él disminuya (Jn 3,30). El primer acompañante de esta escena es alguien que señala hacia otro y no retiene a nadie.

Jesús se vuelve y ve que lo siguen. Les hace la primera pregunta que pronuncia en el Evangelio de Juan: «¿Qué buscáis?». No les pregunta qué saben, ni qué méritos tienen, sino qué buscan. Ellos responden con otra pregunta: «Maestro, ¿dónde vives?». Y Jesús no les ofrece una explicación, sino una invitación: «Venid y veréis». Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. El evangelista recuerda incluso la hora: «eran como las cuatro de la tarde». Así se recuerdan los encuentros que cambian una vida.

En la Asamblea, la falta de acompañamiento fue una de las constataciones más claras. Los laicos nos dijeron que los jóvenes lo piden, y que no siempre sabemos acompañar. Nos pidieron hacer visible la vida agustiniana, también en las redes sociales. Salir de nuestros espacios habituales, porque muchos jóvenes ya no entran en ellos. Ofrecer experiencias de vida comunitaria, de misión y de servicio. Cuidar la amistad como camino hacia la comunidad. Y, sobre todo, pasar de actividades aisladas a procesos continuados. Un encuentro puede despertar una pregunta; solo un camino acompañado permite responderla.



Agustín sabe por experiencia lo que significa ser acompañado. Cuando llegó a Milán, lleno de dudas y de prejuicios, Ambrosio lo recibió con afecto de padre. Agustín confiesa que empezó a quererlo, no primero como maestro de la verdad, de la que entonces desesperaba encontrar en la Iglesia, sino como a un hombre que había sido bueno con él (*Confesiones* V,13,23). Antes de la doctrina hubo acogida. Antes de la respuesta hubo un rostro amable. La verdad que Ambrosio predicaba entró en el corazón de Agustín por la puerta de una bondad que lo precedió.

Agustín también sabía que la amistad puede ser camino hacia Dios. Recordando su juventud, describe lo que lo unía a sus amigos: conversar y reír juntos, leer libros agradables, discutir sin enemistad, enseñarse unos a otros, echar de menos a los ausentes y recibir con alegría a quienes llegaban. Dice que estos signos de afecto encendían los ánimos y de muchos hacían uno solo (*Confesiones* IV,8,13). Lo que entonces vivía sin Dios, más tarde lo convirtió en vida comunitaria orientada hacia Él.

Estas palabras nos hacen preguntas concretas. Si un joven nos preguntara hoy «¿dónde vives?», ¿podríamos responder «ven y verás»? ¿Hay en nuestras casas un lugar y un tiempo para que alguien se quede un día con nosotros, rece con nosotros, coma a nuestra mesa? ¿Tenemos paciencia para acompañar durante meses, sin prisa por obtener resultados? ¿Nos hemos formado para escuchar, o damos por supuesto que sabemos hacerlo?

Acompañar no es retener, como nos enseña el Bautista. Tampoco es tener todas las respuestas. Es estar, escuchar, señalar hacia Cristo, y dejar que el otro descubra por sí mismo dónde vive el Señor.

PARA LA ORACIÓN EN SILENCIO

- ♦ *¿Quién me acompañó a mí en mi camino vocacional? ¿Qué aprendí de esa persona?*
- ♦ *¿Tengo tiempo y disposición para acompañar a un joven, no en un encuentro, sino en un proceso?*
- ♦ *¿Es mi comunidad un lugar al que se puede invitar a «venir y ver»?*



DÍA 5

Una sola alma y un solo corazón

Hechos 4,32-33 · Salmo 133 (132)

INTENCIONES PARA LAS PRECES DE LAUDES

Señor, que reuniste a los primeros creyentes en un solo corazón y una sola alma,

– *haz que nuestra vida fraterna sea testimonio creíble de tu resurrección.*

Dueño de la mies, que sigues llamando obreros a tu campo,

– *envía vocaciones a nuestra Orden y a toda la Iglesia, y haznos fieles al compromiso que hoy asumimos.*

MEDITACIÓN

Lucas describe a la primera comunidad de Jerusalén con pocas palabras: la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. Y añade enseguida: los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor. Las dos frases van juntas. La comunión de los hermanos y el anuncio del Resucitado no son dos tareas distintas. La comunidad unida es ya una forma de anuncio.

Sobre este texto se apoya nuestra Regla. Su primer precepto, después del amor a Dios y al prójimo, recuerda para qué nos hemos reunido: para vivir en la casa unánimes, con una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios (cf. Regla, cap. I). Agustín no fundó primero una obra, ni un colegio, ni una parroquia. Fundó una comunidad de hermanos. Todo lo demás vino después.

Agustín comenta también el salmo que hemos rezado tantas veces: «Ved qué bueno y qué agradable es que los hermanos vivan unidos». Y dice algo sorprendente: que el sonido de estas palabras, tan dulce, fue el que hizo nacer los monasterios (*Enarraciones sobre los Salmos* 132,2). Lo que atrajo a tantos hombres y mujeres no fue primero un programa, sino la belleza de una vida fraterna.

Durante estos días hemos escuchado lo que nos dijeron los laicos. Nos hablaron de una palabra que escasea, de una tarea que debería ser de todos, de una levadura que todavía no fermenta toda la masa y de jóvenes que piden ser acompañados. Pero hubo un detalle que hoy conviene recordar: nos dijeron que la vida comunitaria atrae, y que también da miedo. Ambas cosas son verdad. Atrae



porque en un mundo fragmentado y solitario, la fraternidad es una promesa. Da miedo porque los jóvenes también ven nuestras tensiones, nuestro cansancio, nuestras rutinas.

Por eso la pregunta de este último día es la más sencilla y la más exigente. Antes de pensar en nuevas actividades vocacionales, ¿cómo vivimos juntos? ¿Se nota que nos queremos? ¿Rezamos con gusto, nos perdonamos, compartimos la mesa con alegría, nos interesamos unos por otros? Ninguna campaña vocacional sustituirá a una comunidad que vive lo que anuncia. Y ninguna dificultad será insuperable para una comunidad donde los hermanos se quieren.

Los laicos nos pidieron pasar del evento al proceso. Esto vale también para lo que hemos meditado esta semana. Sería fácil que estos días de Semana Agustiniana quedaran como un buen recuerdo. Por eso proponemos que hoy, después del silencio, la comunidad elija un solo gesto concreto para este curso: pequeño, posible y que se pueda revisar más adelante. Puede ser abrir la casa a algunos jóvenes una vez al trimestre para rezar y comer juntos; incluir cada día una intención por las vocaciones en la oración comunitaria; que cada hermano cuente su historia vocacional en algún grupo de la obra donde sirve; u ofrecer al Equipo Provincial la disponibilidad de algún hermano para acompañar a jóvenes en búsqueda. Lo importante no es la grandeza del gesto, sino que sea de toda la comunidad.

Agustín invitaba a sus fieles a cantar y caminar: cantar para aliviar el cansancio del camino, y caminar sin detenerse, avanzando en el bien (cf. *Sermón* 256,3). Es una buena consigna para terminar esta semana. No se nos pide resolver de golpe la cuestión vocacional. Se nos pide caminar juntos, con alegría y con esperanza, sabiendo que es el Señor quien llama.

PARA LA ORACIÓN EN SILENCIO

- ♦ *¿Qué vería un joven si pasara un día entero en nuestra comunidad?*
- ♦ *¿Qué podría hacer yo para que nuestra vida fraterna sea más bella y más creíble?*
- ♦ *¿Qué gesto concreto propongo hoy a mis hermanos?*